

**El expreso de las 10:20****Gonzalo Rodas Sarmiento**

(cuarta parte)

**25 Entre la luz y la sombra**

-¿Hasta qué punto estará escrito nuestro destino? -pregunté a Miguel, mientras el tren describía una curva que me permitió observar más allá de la locomotora los rieles que se perdían en el horizonte.

-Supongo que hay varias rutas trazadas -respondió, no sin antes burlarse de mi cuaderno.

-¿Tú crees que uno elige el camino por donde ir? -insistí confuso e incómodo mientras escondía el cuaderno, con tal grado de eficacia, que después tardaría años en volver a encontrarlo.

-Sin duda, la vida está llena de decisiones.

-Pero, a veces nuestras decisiones tienen muy poco alcance.

Ante mi nueva insistencia, Miguel meditó un rato, antes de emitir su opinión:

-Por más rígido que encuentres el camino por el que tienes que ir, siempre tendrás la oportunidad de escoger si pisar con entusiasmo o con temor, con naturalidad o con resentimiento. O comandado por el deber, la costumbre, la ambición, la anestesia, o lo que fuere.

\* \* \*

Leí palabras que iban más allá de los acontecimientos mismos. Inmersos en un espacio y un tiempo, pero sin estar anclados en ninguno de ellos. Esta vez tenía en mis manos el número 8 de la revista Juan. Me sumergí en la espesura de cada letra y, de repente, ya no estaba en el tren.

Me vi puesto en otro escenario representando una obra diferente. Entremedio de una multitud enardecida. Todos tenían piedras en sus manos. Miré mi mano. Ahí también había una piedra, que yo había cogido del suelo en un momento de debilidad, dejándome llevar por el grupo y por las convenciones establecidas. Los gritos se dirigían hacia una mujer que huía asustada, perseguida por una sociedad que no se sentía con derecho a aceptarla.

Era como estar viviendo un sueño, con recuerdos nuevos que me explicaban cómo llegué allí. Supe que me pasó a buscar el amigo de mi amigo, poderoso mercader. Había que dar su merecido a la mujer que osó tener amores con el que no era su esposo. Yo no habría ido, si no fuera que justamente estaba tratando de conseguir trabajo. El amigo de mi amigo, poderoso mercader, era el faro que me alumbraba en ese momento.

Me sentí como en una verdadera pesadilla. Sin duda que tener mala puntería no será gran falta. Miré a mi alrededor, buscando algo que pudiera sacarme de esta actitud. Solamente vi a un grupo de hombres que nos observaban disgustados. Al centro de ellos, un hombre sereno y amistoso, sentado en el suelo, escribía algo en la tierra. Sentí que las cosas se estaban dando bien, aunque los perseguidores más rabiosos lograron atrapar a la mujer.

“Maestro” le dijeron al que escribía en la tierra, y le pidieron avalar la venganza. Cuando el Maestro dijo “el que no tenga pecado, tire la primera piedra” recordé todo. Por un instante me conecté con cada página de las historias de todos los mundos. Era una gran cosa no estar amarrado al tiempo. Sin dudarlo boté la piedra al suelo, con gran alivio de mi parte. Casi seguí a mis amigos que ya se iban refunfuñando. Me quedó claro que la única decisión que está siempre presente, hasta en las más pequeñas cosas, es: “Ayudo a Jesús” o “No le ayudo”.

Caminé lentamente en dirección a Jesús. Quería preguntarle algo, pero no me atreví a llegar hasta él. A lo lejos, vi como dejaba ir a la mujer, con palabras tiernas que no escuché. Alcancé a acercarme otro poco y vacilé. En eso, la escena se me esfumó y me vi nuevamente visajando dentro de las letras, hacia afuera. Sentado en mi tren, repasé esas preguntas que me rondaban y que no alcancé a formular:

¿Qué escribía? Esto es simple curiosidad.

¿Cuántas situaciones parecidas se producen a cada rato? Ya sé que es inútil tratar de contarlas. Por ejemplo . . . ¿por qué tenemos que repudiar a Poncio Pilatos, una vez por semana, cuando afirmamos nuestras certezas? ¿Sólo porque no quiso pedir perdón? Ni siquiera fue el culpable principal. Y lo hemos estado apedreando, como si el rencor fuera uno de nuestros valores eternos. ¿Acaso estamos todos libres de pecado?

## 26 La ventana

Apenas alcanzo a retratar un pequeño trozo del entorno. Algún día creceré. Cuando sea grande. Podré contar en una sola frase toda la belleza del paisaje. La inmensidad de los mares y montañas que van pasando a medida que avanza el tren.

Algunos creen que yo lo sé todo. Pero no es así. Intento ser transparente y mostrar lo esencial.

Me protejo con un vidrio, que al llenarse de polvo y barro, obstruye las miradas, provocando una imagen distorsionada del mundo. Habitualmente, permanezco cerrada, por seguridad.

Recuerdo esa vez, cuando un piedrazo fortuito me quebró el vidrio. Nadie resultó dañado, pero empecé a dar un viento helado, insufrible. No parecía ser yo. Algo me faltaba. Hasta que me sanó un vidriero.

Me gustaría tener un vidrio irrompible. Pero, más que eso, sueño con la sabiduría y la clarividencia. Aunque no quiero ser tan definida que me limite, como una verdad encajonada, que deja de ser verdad. O como un río envasado, que también deja de serlo.

\* \* \*

Ahí está el niño parado en su asiento. Con su cabecita pegada a mí. Le muestro la vida que hay afuera, mientras el tren atraviesa la ciudad. Lo protejo de los peligros que algún día tendré que afrontar.

Vemos los carretones naufragando en la lluvia cuando sus caballos resbalan en el pavimento. Manchas de arco iris, venidas desde los automóviles se esparcen por el suelo. También le dejo ver las gotas largas y filudas que caen oblicuas sobre los vendedores ambulantes, disfrazados de bomberos. Y también la gente que pasa todos los días, una y otra vez. Los con paraguas y los sin paraguas.

El niño ve todo ese mundo en el que no puede estar. Pero, el mundo no ve al niño.

\* \* \*

Mis adeptos no toleran la duda. Necesitan apoyarse en cualquier concepto que parezca firme. Los hace sentirse poseedores de la única verdad absoluta.

Muchos me preguntan qué hay allá al otro lado. Pero, no esperan mi respuesta. Tomo aliento para contarles todo. Trato de empezar por el principio, pero me demoro en asignarlo. En tanto, la gente ya se ha ido. Sólo alcanzan a escuchar el punto inicial y se conforman con ese primer atisbo.

Me guía la intención de mostrar como en una película la vida de algún ser al que no conocen. Donde sea que miren, si buscan bien, verán la manifestación de algo grandioso. No debería bastar una mirada de reojo. Sin embargo, los pasajeros no quieren asumir algo tan grande.

Mi entorno está variando a cada instante. No sólo por el devenir y por la dinámica natural, sino por la velocidad a que nos lleva el maquinista. Va tan rápido que no se alcanza a disfrutar algo y ya se está yendo.

Los pasajeros se enredan porque ya no ven lo mismo que veían antes, y porque cada árbol queda distinto después de sentirse observado.

No soy un cuadro colgado en la pared.

\* \* \*

No soy la única, ni quiero jactarme de ser la más completa, ni la más clara, ni la más perfecta. Pero, igual llamo a los pasajeros. Me gustaría tener brazos para acercar a las personas. Eligen las ventanas más concurridas, y se quedan tan atrás que apenas pueden ver algo.

Tienen el poco grato comportamiento de pelearse con los que miran otras ventanas. Cada uno ve lo que la suya le muestra. Y se van discutiendo “que eran cinco los árboles”, “que no, que eran cuatro”, “que el cerro era muy alto”, “que cuál cerro si yo ví un río”, y así . . .

Me siento frustrada por no poder dar a conocer un panorama completo. A lo más, puedo mostrarles un lado del mundo. Mis compañeras del frente conocen el otro lado, y tratan de darlo. Por lo menos, puedo cantar la totalidad de mi medio paisaje. También lo que ya pasó y lo que está por venir.

Sin mis hermanas no soy nada. Quisiera que estuviéramos mucho más unidas. Junto a ellas conformamos una gran ventana. No son despreciables mentirosas que me contradigan, sino amadas amigas que me complementan.

\* \* \*

En la noche me transformo en espejo.

Hay un tiempo de mirar para afuera y un tiempo de mirar para adentro.

## **27 Sobre otro andar**

Recién salgo de un sueño intenso. Aún lo recuerdo bien, y lo repaso mentalmente, tratando de descubrir algún mensaje.

Soñé que me encontraba completamente desnudo, acercándome a la puerta de una casa. Había gente en la vereda y también en la calzada. Sentí vergüenza al entrar, porque no sería bien visto mi atuendo. Dentro de la casa todos estaban vestidos, ya sea con disfraces o con chaleco azul con franjas amarillas. Escuché decir “Allá está la pieza de los piluchos”. Entré a varias habitaciones buscando la mía, pero no la encontré.

En determinado momento, me di cuenta que estaba soñando. En consecuencia, calculé que el sueño no iba a durar mucho. Quise aprovecharlo, dándome licencia para sensaciones

prohibidas. Busqué alguna mujer hermosa, y encontré una que estaba vestida de rosado, con unos vuelos. Al abrazarla la sentí blanda, como una imagen no corpórea. Pero, fue tomando cuerpo de mujer. Me sonrió. La besé largamente, a la vez que empecé a deslizar mis manos hacia abajo. La acaricié, si es que puede llamarse así la forma grosera como puse mis manos en ella.

Solamente hasta un temprano despertar y el frustrante comprobar que no he besado ni tocado realmente a nadie. Estoy simplemente en mi asiento del tren.

Mi boca aún siente el beso de una mujer que ya no está. Mis manos aún sienten su cuerpo delicioso. Pero, ella no está.

Eso es lo que yo creía. Gateando por el pasillo, aparece la mujer de vestido rosado. Con rostro de mujer abandonada invade mi vida real, sin tener ningún derecho. Me da pánico, pues empieza a burlarse de Aurelia.

-Ya tienes que irte -le susurro a la mujer de rosado. Yo tengo derechos sobre ella porque es tan solo una imagen y pertenece a mi sueño. Que logre salirse de su prisión es algo terrorífico.

-¿Quién es la loca de los vuelitos? - lanza a decir Aurelia, y sigue durmiendo.

No doy más. Mis manos toman fuertemente por los vuelitos a esa especie de fauno hembra. Ahora tiene una cola que termina en una estrella. Es liviana. La tomo por la cola, le doy varias vueltas y la lanzo al suelo. Se desvanece y se esfuma. ¡Qué alivio! Habrá regresado al lugar de donde vino.

Un tipo de pésimo aspecto se sienta a mi lado. Aunque no le tengo confianza, respondo a su saludo y trato de ser amable.

-¿Qué le hiciste a ella? -me pregunta, suavizando un poco su rostro. Es un sacerdote. ¡Oh, qué atroz! Otra vez me persigue el sueño en mi vida real. Nunca antes había experimentado algo así. No puedo explicarme cómo simples personajes oníricos pueden llegar a responsabilizarme por actos cometidos durante un período especial. Mi sueño es sólo mío. No puedo permitir que me complique así la vida, llevándome al desprestigio.

El cura trae un altar portátil. Viste una casulla de hilos dorados, entretejidos con algunos azules. Varias mujeres de chaleco azul con franjas amarillas ocupan diversos asientos del tren. Y me miran. Me detestan. Es una encerrona. Me siento culpable. Pero les digo que por favor se dejen de molestar. Agarro el altar y lo tiro en el pasillo. Se desliza hasta el otro carro, mientras el sacerdote lo va a buscar, mostrando mucha paciencia. Ahora, la situación parece normal.

-Es un sueño que me anda persiguiendo -le explico a Miguel- me porté mal con una de ellas.

-A cualquiera le pasa.

-A mí, primera vez que me pasa que un sueño se meta en mi vida real.

Finalmente, toda la imagen se disipa y la pesadilla termina. Puedo darme cuenta que estoy despertando un nivel más de vigilia. Llego a mi verdadero tren, de fierro y madera. Ahora sí que estoy despierto, propiamente dicho. Y transpirando.

\* \* \*

Durante unos segundos, tuve la conocida sensación de haber vivido antes esta misma escena, conversando acerca de la misma carreta, en algún momento anterior que no logro identificar. Es como si mi última vivencia se me hubiera ido directo a la memoria, antes de ocupar mi atención. Usando para ello un camino rápido, en vez del habitual. Quizás porque produce un silencio muy marcado, durante una fracción de segundo. Es como si un murmullo

de fiesta hubiera callado en forma súbita, dejándome oír hasta los susurros. Y también los sonidos suaves de la sabiduría.

Lo extraordinario es que justamente me ocurrió al escuchar al Viejo Rubén. Cuando mencionó un sendero angosto que conduce a paisajes bellos, en contraposición al camino ancho y pavimentado, que también recorreremos al mismo tiempo a través de logros materiales e intelectuales.

A nadie le llegó muy bien este doble caminar, excepto a Miguel que elucubró una complicada teoría acerca de composición de rutas. Nos habló de grados más y grados menos para los rumbos de las personas. Por más que me esforcé, no le entendí casi nada. Sólo sé que nos movemos por dos caminos a la vez.

Sospecho que esa huella precaria mencionada por Rubén lleva a un conocimiento más verdadero que los razonables hitos de la autopista.

No importan los obstáculos de la vía angosta, pues sólo si caigo al suelo podré criar confianza en mi caminar.

En la misma forma, si nunca fue de noche, no podré tomar conciencia que es de día.

Por eso, amo más la verdad, mientras más mentiras escucho. La añorada verdad, que podré encontrar en cualquier punto cardinal, si lo recorro entero.

## 28 El tren

Varios años de primavera, y después unos tantos de verano, y los de otoño, transcurrieron todos plácidamente. Yo iba contento devorando kilómetros como si nada, en un eterno presente, anunciándome con un golpeteo en el riel. Me sentía fuerte. También servicial y acogedor. Hasta quise sentirme ágil, pero empecé a cansarme. Justamente, tenía que ocurrir en invierno. No podía ser de otro modo. Ocupé tanta energía en calentarme un poquito, que no me quedaba mucho combustible. No era fácil avanzar en medio de la nieve que se acumulaba lentamente en los rieles. Mis últimos pasos los daba apenas. Iba tan despacio que los pasajeros podían bajarse a estirar las piernas y volver a subir en el otro carro.

No fui capaz de continuar. Me quedé sin nada con qué alimentar la caldera. Aquí estoy yerto y sin esperanzas de seguir, sintiéndome culpable y torpe, cuando empieza a oscurecer.

A medida que se inicia una larga noche, los esquemas de las personas empiezan a resquebrajarse. El frío les copa completamente la capacidad de atención. Se resisten a vivir momentos que imaginan dolorosos, quizás por algún conocimiento anterior que se instaló como obstáculo.

Mi imaginación está completando el paisaje que no puedo ver. Grandes rocas, aguas congeladas y puentes cortados se superponen a la añorada calidez de las flores amarillas. Vislumbro ese Después que es como un Antes.

\* \* \*

Es una buena ocasión para reflexionar acerca de mi vida. No lo hago casi nunca. Habitualmente, puedo andar enojado o alegre, pero siempre apurado. Restringido a esa doble hilera de fierros brillantes unidos por durmientes, que vienen a mí como teclas mágicas de un piano largo, muy largo, infinito.

Cuando agarro vuelo, me siento poderoso y trato de ir a varias partes al mismo tiempo. Antigüamente había supuesto que podía llegar muy lejos. ¿Lejos de qué? Ya me olvidé de eso. Siempre estoy cerca.

Soy esclavo de un itinerario. El maquinista anda trayendo un plan en una hojita con casilleros para marcar un ticket cada vez que pasa una estación. Es su razón de existir. Superar las etapas. Dejar muy ordenadamente dispuesto en el pasado todo lo que antes estaba en el futuro.

Las estaciones me dan su encanto si me fijo en ellas. Son mi razón de ser. Pero, habitualmente estoy muy ocupado y ni me dejo recibir por mi entorno. No me doy permiso para distracciones ni para disfrutar los puntos intermedios. No alcanzo a recibir lo que la vida me depara, ni a escuchar las palabras que necesito, aunque estén en todas partes. Corro sin detenerme, ni siquiera a escuchar la melodía que estoy interpretando.

\* \* \*

Permito ser ocupado por vidas que nunca comprenderé. Conversaciones, lecturas, hasta paseos, y miradas a un mundo cambiante, con intención de descubrir. Aunque los pasajeros fueran siempre los mismos, sus pensamientos son otros. Yo tampoco soy el mismo del viaje anterior.

Todos dejan algo que no sé recoger. Las páginas que llevan en su mente conforman un tomo distinto cada vez. Y todo eso quiere salir afuera. Las paredes interiores de los vagones se van empapelando con esas páginas, como un cuerpo llenándose de ansiedades y rubores. Si tan solo pudiera leerlas, sabría lo que pasa dentro de mí.

Me gustaría conocer los recuentos de las vivencias de cada viajero. Algunos tendrán entre sí conexiones que ni sospechan y que nunca sabrán si no les toca hablarse. Después que se bajen, cada uno en su estación, no se verán más. Podría urdirse una trama con todas esas historias, entrelazadas como transeúntes que se cruzaran sin mirarse ni decirse nada. Son historias que no mueren.

Mi cuerpo morirá un día. Tal vez en un vergonzoso accidente. Muevo tanta energía, que un mal paso o un choque pueden ser desastrosos. ¿Cómo terminaré? Descarrilado, u oxidado, o como un montón de chatarra olvidada y arrumbada en una de las líneas más externas de alguna estación antigua, de un ramal en desuso. Es mi destino.

Miles de historias quedarán flotando dentro de cada carro, para que alguien las lea. Las tramas que no surgieron seguirán entrelazándose en apagada armonía. Esperando a que un compositor las descubra, las escuche, y las guarde en corcheas y semifusas garabateadas en un papel.

## **29 Con todo y nada**

Una vivencia emocionante se escondía dentro de cada frase de la revista Lucas, número 19. Con sólo leer las palabras no sabía lo que traían, mientras no entraba en ellas. De pronto, estuve involucrado en una de esas escenas. Muy cerca de Jesús, escuchando sus instrucciones.

-Encontrarán un burro atado que nadie ha montado todavía.

Fue como una flecha que daba en el blanco. En el preciso instante en que yo también pasé a ser discípulo. Me di cuenta que Jesús dice cosas más fuertes que las asimiladas por mí hasta ese momento. Inmediatamente visualicé en mi propia alma ese burro atado.

¿Puedo creer que Jesús necesita algo de lo que yo tengo? Sí, me siento interpelado. Asumo que necesita algo mío. Algo. Puede ser una pequeña generosidad. O una creatividad simple. Eso que he estado despreciando. La facultad dormida, que no ha servido a nadie aún. Guardada en su caja, podría morir sin ser vista.

No me lo creo ni yo mismo. Me avergüenzo de ese animal de carga. Si lo que quiero dar al Señor es un caballo de fina estampa, un caballo triunfador que, lamentablemente, aún no he logrado criar. Pero, El no me pide maravillas. Entonces, no tengo que avergonzarme de no ser maravilloso. No me pide lo que no tengo. Me pide lo que no creo que tengo porque no lo he sabido tener. Porque lo escondí cuando se burlaron. O lo guardé cuando estuvieron a punto de destrozármelo. Es un burro para cuidarlo amorosamente. Tal vez está llamado a transportar a Jesús. Me entusiasma ese privilegio. Entonces, a desatar burros.

\* \* \*

En benditas cavilaciones venía, acompañando a los demás discípulos. Acalorados y cansados, pero con alegría y satisfacción, traíamos el burro. Pusimos nuestras mantas sobre el lomo del animal y ayudamos a Jesús a montarlo. Al poco rato, entrábamos a Jerusalén. La gente de desbordó por las calles aclamando al Maestro, con alegría inmensa, y agitando ramos.

Fue fabuloso acompañar su entrada a la ciudad. Nunca había estado en una manifestación tan vibrante y en la que sentí cómo surgía mi propia vida desde los escondites. Recordé cosas que inmediatamente olvidaba de nuevo, como un reencuentro fugaz con alguna de mis raíces.

El compromiso con ese hombre produjo un eco en algún rincón mío, difícil de ubicar. Me daba fuerzas para cambiar. No supe si quería morir o vivir para su causa.

Cuando los poderosos de la ciudad hacían callar a los más entusiastas, no lo conseguían. Más aun, se atrevían a incorporarse a la marcha los más apagados. Esos cuya dureza de piedra los reserva para el final. Piedras que aún no han gritado. Como yo.

Cuando no queden valientes nos tocará reemplazarlos.

### **30 Rubén**

Guardo hasta los más lejanos kilómetros de la vía férrea. Por eso me dicen “El Viejo”.

Se me ha ido gastando el cuerpo, pero por dentro aún tengo la novedad del comienzo. Ahí me esperan los tramos antiguos, tan claros como en el momento de vivirlos. No envejecen ni podrán morir. La vida no se añaaja. Es mi cuerpo el que ya no me sigue con tanta agilidad. En cambio, creo que mi alma ni siquiera alcanzó a llegar a la mayoría de edad.

La sociedad intenta obligarme a renunciar a mis anhelos y sueños juveniles. La verdad es que todavía los tengo todos intactos. Cuando fui nuevo, imaginé una vida adulta llena de sensaciones en limpio. Amplias y dignas. Todas éstas que son prohibidas para los niños. Pero, no ocurrió así. Mi única sensación nueva, adquirida con el tiempo, es mi propio cactus blanco que me raspa el cuello al despertar.

\* \* \*

Me parece que antes hubiéramos pasado por bosques más frondosos que los de hoy. Cuando el tren andaba más lento. Los avances de la técnica han hecho que ahora corra cada vez más rápido.

Hasta que no pudo más.

Fue en la noche del mismo día aquél, en que me ocurrió algo tan especial. A media mañana, en cierto momento recuerdo que miré hacia los pasajeros del carro, y me pareció que todas las personas irradiaban una bondad invisible. Fugazmente. Aunque duró apenas una fracción de segundo, alcancé a fijarme en cada rasgo de cada rostro.

Me llegó como un destello sin luz, o si se prefiere, como un relámpago invisible. Nunca más he vuelto a percibir algo semejante. Fue tan magno, que me imaginé viviendo

siempre así, y supuse que eso era el paraíso. Después recapacité. Si ese estado fuera permanente no aprendería a amarlo.

También la avería del tren nos hizo tomar conciencia de lo lindo que había sido su continuo desplazamiento.

\* \* \*

Nuestra situación se puso bastante difícil, a causa de una detención inesperada. Hicimos bromas al principio. Después ya no nos causaron gracia. Cuando se nos vino encima la noche helada y oscura, empezó a cundir el desánimo. Me costó superar una tendencia inicial a dejarme aplastar por la situación. No ganaría nada con el solo hecho de estar en contra de algo tan lamentable. No iba a bajarme del tren, sólo para manifestar mi descontento. Ni para ayudar a los que empujaban con todas sus fuerzas hasta que se cansaron y no lograron que el convoy se moviera ni un solo milímetro.

Lo único constructivo era asumir la triste realidad y tratar de echar a andar nuevamente el tren. Fueron innumerables días intentando activar la energía de la máquina, produciendo borbotones de movimiento que nos desestabilizaron hasta tal punto, que varias personas cayeron al suelo.

Unos se acostumbraron a vivir sin avanzar. Otros, sintiéndose impotentes, miraban el horizonte con ojos largos.

Unos se pusieron a dormir. Otros, los más precavidos, pasaban carro por carro, con improvisadas linternas, para iluminar aunque fuera un poco.

Unos se despertaban airados por la inoportuna interrupción de sus dulces sueños, y les tiraban duras botas a los otros. No solamente botas. También les tiraban zapatos.

\* \* \*

- Las dificultades son fuente de sabiduría - repetí como loco. Intentaba traer de vuelta a aquéllos que se fueron a una actitud derrotista.

En mis innumerables años he aprendido cosas que quiero compartir. Necesito servir como guía, pero me tiran para un lado.

Quise mostrarles la oración como una ayuda para salir adelante. No me expresé muy bien, y algunos no me entendieron. Tal vez estaban programados para no abrirse a lo inesperado.

Menos mal que tengo alguien que me discuta porque me permite seguir aprendiendo. Es mi antiguo compañero de aventuras. Tan amplio de cuerpo, como escuálido era yo, cuando llegamos al tren, un mismo día. Desde entonces, hemos andado en encuentros y desencuentros, y conversado sabias botellas de vino tinto.

-Lo que pasa es que tú quieres endosarle a Dios la responsabilidad nuestra -me dijo mi inseparable amigo-. Sentarnos a eludirla en vez de enfrentar nuestros problemas.

-No seas orgulloso -le replicó su mujer-. Yo no tengo problemas en pedir milagros a Dios. El lo puede todo. Tendría que poder sacarnos de aquí.

Tampoco era ése mi sentir. Se habían ido a extremos tan alejados de la realidad que en ninguno de ellos podríamos encontrarnos.

-No tratemos de hacer las cosas sin Dios -les dije-, ni pretendamos que Dios quiera hacerlas sin nosotros.

Por lo menos quedaron pensativos. Hace bien escuchar cosas nuevas. Así me pareció, y me quedé reflexionando en lo que me escuché decir. Me gustó esa forma de trabajo en equipo.

\* \* \*

Hay personas que cuentan con varios asientos para cada uno y otros que han logrado carros enteros. En cambio, algunos van de a tres, y hasta de a cuatro por asiento.



Desde mi incorporación al tren he querido llevar a los pobres la palabra que necesitan los pobres, y a los ricos la que necesitan los ricos. Si las confundo, nadie me entenderá nada.

-Quizás los que van en carreta no tengan que hacer un camino tan largo -atiné a decirle a mi amigo, mientras divisaba por la ventana un carretón que corría, no lejos del tren. Supuse que sin tantas barreras ni bienes materiales que obstaculicen la visión, se facilita el acercamiento.

-Estás completamente equivocado. El camino de los pobres es mucho más difícil. Tienen muy poco acceso al éxito y a la realización personal.

La rápida y enfática respuesta obtenida me hizo mirar la orilla del camino donde estaban cayendo mis ideas. La conversación me enseñó algo, pero no lo que yo había ido a aprender.

\* \* \*

Se nos exige una juventud que ya gastamos, o simplemente perdimos.

Sólo podemos contar con el tiempo presente. El que jamás termina. Lo vamos teniendo de a gotas para que no lo devoremos.

Esto me confirma la importancia del tiempo, que a veces desperdiciamos tan livianamente, o lo que es peor, pesadamente. Primordial debe ser tal recurso, si todos lo tenemos en igual proporción. Todo el transcurso de una hora, veinticuatro veces al día, cada día, lo tienen los poderosos y los sometidos. Es como el sol y como la lluvia.

Una sucesión de instantes conforman mi máspreciado capital. Es el que más puede ayudarme, si no se me escapa entre los dedos.

Me pareció interesante conversar con mi amigo todas estas cosas.

-No tengo tiempo -me dijo duramente, y se retiró.

\* \* \*

Fue Aurelia la que se puso a cantar. Cuando parece no haber nada, siempre hay una canción.

Al principio, todos la miraban extrañados, como a una loca que clama por aquéllo que jamás vendrá. No creíamos posible salir de nuestra frialdad. Pero, uno a uno nos fuimos incorporando a ese llamado a una calidez perdida. Hasta que difusamente visualicé a lo lejos una silueta alegre y transparente que intentaba volver al tren.

\* \* \*

Al requerirse la creatividad, ésta surgió como una lluvia, en que todos aportaban ideas. Ya fueran repetidas, incompletas, opuestas, parciales, parecidas, nuevas, agresivas, locas o geniales. Todas eran útiles para generar otras ideas, por asociación. Así iban saliendo hasta las olvidadas, y también las difíciles de atreverse a decir. La solución óptima se presentó de repente y se impuso con fuerza propia, acallando la discusión.

A esas alturas, ya todos estábamos de acuerdo en que la locomotora era de vapor y que estaba detenida porque el frío la hacía requerir más energía. Por lo riguroso del invierno nos habíamos quedado sin carbón. De ninguna manera podrían venir expediciones a socorrernos, lo cual nos obligaba a recurrir a las fuerzas que estuvieran presente.

El tren tenía asientos de madera. ¿Y para qué los necesitábamos? El fuego que nos movería es como el amor, que se alimenta desprendiéndose de las comodidades. Tampoco el amor dura para siempre si no le echo leña de vez en cuando. Adivino que la fuerza que llevamos dentro no tiene nada que envidiarle a la que mueve trenes.

Fue así como pudimos continuar viaje, de pie, y mucho más unidos después de haber vivido el contratiempo y haber salido de él. Ví a la locomotora echar un humo que me pareció nuevo. Con todas las distintas tonalidades de gris escapando apuradamente.

### 31 Ante la pequeña inmensidad

A veces siento el saludo del Padre. Es por una experiencia tan especial como simple. Ocurre en algún momento en que sé cual es el rasgo que falta en la escena que estoy viviendo. Su ausencia lo delata. Es el detalle anunciado de una armonía que quiere darse. Me imagino una fuente de donde manarán aguas al ser descubiertas.

Entonces, se produce ese detalle, como un retorno espontáneo. Es maravilloso sentir que El me está saludando. No me está pidiendo nada. Es una comunicación que no lleva instrucciones ni propósitos. Simplemente, un Buenos Días, que me alegra y me da optimismo, al sentir que Dios está ahí, de alguna manera, acogedor, conciente de mi presencia.

Me pasó esta mañana. Cuando Miguel partió su pan y me ofreció un pedazo, recordé algo que leí, días atrás, en el número 24 de la revista Lucas. Se refería a los peregrinos que, sin saberlo, tenían a Jesús resucitado caminando junto a ellos. Lo reconocieron cuando partió el pan, pero entonces desapareció de su vista.

Mi vivencia de hoy me hizo sentir como un Cleofás viajando a Emaús. Miré hacia el asiento vecino y comprobé con asombro que Miguel se había levantado. Ya no estaba allí. Toda la situación me llegó como un saludo de Dios. Sonreí complacido.

-De verdad es un buen día, Padre -respondí en silencio, sintiéndome contento.

\* \* \*

Pasó Aurelia, más hermosa que nunca. Me dejó un café y muchos deseos de escuchar una canción. Pasó el canasto de las revistas y tomé una. Era Lucas, número 10. La abrí en una página cualquiera y empecé su lectura, sumergiéndome hasta el fondo de cada palabra.

No me di cuenta, y ya estaba entre los setenta y dos discípulos que venían llegando de misión. Jesús los saludó uno a uno. A mí entre ellos, como si también lo mereciera. Casi todos eran pobres y sin estudios. Pero supieron dar la palabra a los que la necesitaban.

- Lo que has ocultado a los sabios e inteligentes lo has enseñado a la gente sencilla - dijo Jesús al cielo, desbordando alegría.

Durante toda mi vida he tenido esta palabra en el velador, y recién ahora entré en ella.

No creo que exista algo mejor que la alegría que ví en Jesús. Hasta ahora, me habían hablado de la justicia que nos enseña, y me imaginé muchos castigos. Y cuando me hablaron de un Jesús santo, lo acusé de aburrido. Al Jesús divino y milagroso lo dibujé con una solemnidad distante. Y respecto al Jesús paciente, lo supuse sometido. Hoy lo puedo entender mucho mejor. Desde aquí estoy en condiciones de llegar a cualquier parte.

Me dejé recibir por Jesús en un abrazo cálido. Trascendente. Es mi Maestro.

\* \* \*

En menos de un día, ya he saludado al Padre y al Hijo. Desde entonces empezó a llegarme la canción que me estaba esperando. Primero, suave. Fue tomando densidad, transportándome a lugares internos de sencillez, donde está escrita la sabiduría en su estado puro, sin los obstáculos de la ilustración. Allí donde se descifran los mensajes venidos a través de fiel paloma. Lugar profundo de constante renacer, desde el cual se mira lejana la línea del tiempo. Tal como ahora, en el desierto en que me encuentro, veo la línea del ferrocarril, que cruza a varios metros de distancia.

Sigo aprendiendo lo que aún me enseña mi niñez. Al conectarme con lo mejor que he vivido y con lo más vulnerable, esa fragilidad se vuelve fuerza. La vida surge a través de la dureza que presento exteriormente para protegerla.

A ratos y sin quererlo, me vuelvo a situar en la realidad del tren, envuelto por la canción que define mi estado de ánimo. Sin darme cuenta, me pongo a cantar. Hasta que las miradas me apagan.

## 32 El carretón

El prestigio empieza a dejarme atrás. Por mi lenta reciedumbre, y porque mis historias son demasiado vivas e intensas. Estoy acostumbrado a soportar duros golpes, y llegar a cualquier parte, aunque me demore más que nadie. Siempre estoy en mi destino a tiempo.

Vengo de épocas primitivas, saltando y cayendo en cada bache del camino. Con mi fiel caballo transpirado y resoplando.

Mis pasajeros ven los dos lados del mundo, y todo el cielo, lo pasado y lo por venir. Sin duda, son los que tienen más peripecias que contar porque viajan más cerca de la naturaleza.

Siempre aprenden algo nuevo de esa tierra y esa agua escritas en los rayos de madera de mis enormes ruedas. Despreciadas ruedas, desde que algunos intentaron darlas de comer.

\* \* \*

La detención es de sólo unos minutos. Empiezan a llegar viajeros nuevos de todas partes. En cambio, algunos pasajeros que sintieron su soledad, prefirieron quedarse en la estación.

También veo venir a los santos, como lo hacen siempre en las estaciones intermedias. Ahí llega Francisco, con su barba puntiaguda y con su jovialidad y su amor al canto y a la alabanza. Lo reconozco porque él viajó en mí cuando le tocó llegar a este mundo. No podré olvidarlo nunca. Me enseñó a amarme a mí mismo.

Antes, yo no me tenía ninguna estima. Me consideraba el más detestable medio de comunicación. En años lejanos me habían enseñado a menospreciarme, y a no mirar lo bueno, sino sólo lo malo. Ahora acepto lo que la vida me regala y quedo contento. Hoy, sé de mi fidelidad y humildad que contagia a quienes van conmigo.

Aún me sigue vivificando ver a Francisco conversar con los pájaros. Hace mucho tiempo, él aprendió a descifrar los mensajes que modulan su canto.

\* \* \*

No logro expresar con palabras lo que quisiera ser algún día. Es algo así como ser pasajero y carretón al mismo tiempo. Tener miles de tonalidades de sonido según el estado de ánimo de los que van en mí. Que la bulla de mis ruedas, de mis resortes, y de los cascos de mi caballo estén ordenados por las penas y alegrías de los viajeros. Chirriar con tristeza en las retiradas tristes y con carcajada en los viajes felices.

Quiero ser el lugar de encuentro entre cada pasajero y sus propias amigas invisibles que llegan a su cuerpo trayendo un mensaje desde el alma.

Esas amigas que yo también tengo. Andan siempre mirándome feo. Cuando me decido a invitar a alguna y le digo “Ven de una buena vez y rétame”, ya no está. Se ha transformado en una dama hermosa, llena de misterio. Comprensiva y dispuesta a regalarme su sabiduría escondida.

### 33 Sin apegos

Un día, temprano, divisé signos en las vías. Semáforos y divisiones me hicieron vislumbrar el final de un recorrido. Me puse a repasar mis más antiguos recuerdos. Ya son de este viaje. Vienen en silencio. Como esa premonición que leí una vez en un viejo cuaderno perdido, que aún me busca. La señal escrita estaba puesta para darme un sentido. Me confirma ahora que éste es mi tren.

El mal funcionamiento de los servicios habituales había ocurrido casi al término del viaje. Me dejó inseguro, sorpresivamente en desventaja frente al acontecer como si el destino estuviera sacándome de una lista. Las fuerzas que había soñado tener en los momentos difíciles, no estaban, pues no las cultivé en los momentos fáciles. No estuve preparado para ser cireneo en esta cruz.

Supe que esto iba a suceder. No hice caso de mi propia advertencia. Cuando la leí en mi cuaderno, creí que esas cosas ya no pasaban. La próxima vez quiero estar. Que no se pase de largo.

\* \* \*

Por los parlantes dieron las condiciones meteorológicas del lugar a que estábamos próximos a llegar. Veinte grados de temperatura, un cuarenta por ciento de humedad, y treinta kilolux de intensidad de luz.

Pasó el conductor revisando los boletos, y me dijo que en esta estación me tocaba bajar. Yo no tenía apuro en que terminara el viaje. Pero, cuando supe que también Aurelia llegaba solamente hasta acá, lo encontré fabuloso. Teníamos un destino común.

Alcancé a despedirme de los pasajeros más cercanos. Finalmente, el tren se detuvo, y una parte de mí descendió de él. Aurelia venía conmigo.

Después de salir de la estación me vino una percepción aguda y amplia, de encuentro profundo con el entorno. Entonces, pude descifrar mensajes.

-Tengo que ir a ver a un enfermo -le dije a Aurelia, apenado porque nuestros caminos empezaban a ser diferentes-. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

-¡Qué extraño! -me contestó-. Yo tengo que ir a la carretera. Tampoco sé cómo lo supe.

Sentí el término de algo lindo. Justamente ahora, que escuchábamos la misma música. Como viajeros, dispusimos de todo el tiempo para darnos a conocer y compartir. Lo que más me atrajo de Aurelia fue su alegría que me contagia. Su sonrisa que viene desde adentro y me da un lugar. Me costará empezar a tenerla de otra manera. Atenuada. Esencial. Sin el contacto de su cuerpo completando el mío.

Detuvimos nuestros pasos al llegar a la esquina, vislumbrando una despedida triste, que no lo fue tanto. Nos abrazamos y besamos con ternura.

-Hasta siempre.

-Hasta siempre.

Nuestro lazo de unión no se deshizo mientras me alejaba, mirando hacia atrás cada cierto trecho. Es una amarra invisible que puede soportar la distancia y el tiempo. Aurelia seguía estando en mí, cuando dejé de verla, muchas cuadras después.

Creo que nunca termino de nacer. Trataré de no morir cuando corresponda vivir. Ni vivir cuando corresponda morir.

\* \* \*

Era un nuevo comienzo, con mucho sol. Apuré el paso. Pronto estuve dentro del edificio del hospital, caminando hacia mi enfermo del tercer piso. Llegué hasta él en forma súbita, sin que nadie me viera, y con el rostro sonriente me senté en su cama.

-¿Quién eres? -preguntó el enfermo.

-Soy Ernesto -fue mi respuesta.

Se desconcertó. Me desconcerté. Nos tomó varias fracciones de segundo darnos cuenta que se trataba de un encuentro conmigo mismo. Soy una simple sensación de Ernesto. La que proporciona la vida. Almacené en cajas el conocimiento que no estaba en condiciones de asumir. Cada instante encierra tantas cosas, que se esfumarían si no se guardan.

-Hoy es tu vida -le dije. Me identifiqué con el enfermo, mi instructor y amigo, con una complicidad sin límites. Más que una misión, esto es un verdadero juego.

Mientras conversábamos me fijé en el ritmo con que el monitor registraba los últimos impulsos de vida de Ernesto. Recordé el ritmo del tren, que fue tan importante para mí. Y sentí como, en algún lugar remoto, ese mismo tren se alejaba hasta cruzar el horizonte . . . ¿o quizás se acercaba?

(fin)